

1

## SUEÑO DE NATA



Un chico blanco iba con los pies plantados en su monopatín, con la mano apoyada en el hombro de un chico negro que lo remolcaba pedaleando en una bicicleta sin frenos y de una sola velocidad. Madrugada oscura de agosto, en plena parte baja de la ciudad. Susurro de neumáticos. Rotación granular de ruedas de monopatín contra el asfalto. Verano de Berkeley con su olor a anciana, a nueve estilos distintos de jazmín y a meada de gato macho.

El chico negro se incorporó y soltó el manillar. El chico blanco desenganchó los vagones de su pequeño tren. Cruzando los brazos, el chico negro se agarró los bajos de la camiseta y se la pasó por encima de la cabeza. Se la dejó así, sin quitársela, sin prisa de ninguna clase, mientras rodaban hacia la luz menguante de la siguiente farola. Tal vez al cabo de un momento el chico negro se terminara de quitar la camiseta de un tirón y se la dejara colgada del bolsillo de atrás como si fuera un estandarte. Entonces el chico blanco se impulsaría con el pie, se echaría hacia delante y estiraría el brazo para sentir bajo la palma de la mano el chispazo de la piel negra desnuda. Pero de momento el chaval del monopatín se limitó a deslizarse plácidamente detrás de aquel ciego temerario, en su estela.

Cara de pan, colosal y colocadillo, Archy Stallings estaba a cargo del mostrador principal de Brokeland Records, con un bebé al azar en brazos, ataviado con aquel conjunto de traje de pana color habano y jersey de cuello de cisne de color calabaza chillón que reforzaba su célebre aunque no desfavorable parecido con Gamera, la tortuga gigante voladora mutante del cine japonés. Tenía al niño cogido con el brazo izquierdo mientras con la mano derecha libre se dedicaba a repasar el contenido de la octava de

las quince cajas de la herencia del difunto Benezra, unos discos, los de la caja 8, entre los cuales predominaba lo que más le gustaba a Archy: la carne más tierna del jazz, salada y llena de vetas de funk. El *Electric Byrd* (Blue Note, 1970). Johnny Hammond. Los dos primeros discos en solitario de Melvin Sparks. El *Wa-Tu-Wa-Zui* de Charles Kynard (Prestige, 1971). Mientras hacía el inventario de todo, Archy escuchaba, cerrando ocasionalmente los ojos con fuerza, la edición cuadrifónica en perfecto estado del *Fingers* de Airto (CTI, 1972) que les había legado el muerto y que ahora sonaba en el fiel Quadaptor de la tienda, un trasto maravilloso que Nat Jaffe había sacado con sus propias manos de un contenedor de basura y que había restaurado Archy, ex electricista de helicópteros del ejército y titular del treinta y siete y medio por ciento —la última vez se había molestado en comprobarlo— de una diplomatura en ingeniería eléctrica por la San Francisco State University.

La ciencia de catalogar con una sola mano: coges un disco de la caja y extraes la funda de papel de la carátula. Introduces con cuidado los dedos en la funda. Sacas el vinilo con las yemas de los dedos sin tocar nada más que la etiqueta. Inclinas el disco bajo la luz matinal que se cuele por el cristal del ventanal. Esa luz reveladora y compensada del este de la bahía, detallista y compasiva, siempre dispuesta a contarte la verdad sobre el estado de un disco. (Aunque Nat Jaffe aseguraba que el secreto no estaba en la luz sino en la ventana, una enorme y robusta lámina de cristal de Pittsburgh vacunada contra toda clase de engaños durante el periodo de sesenta y pico años durante el cual el local que en la actualidad albergaba Brokeland Records había sido conocido como la Barbería de Spencer.)

Archy se meció, con los ojos cerrados, disfrutando del peso del bebé, del olor a grasa que venía de la línea de bajos de Ringo Thielmann y del recuerdo de cómo Elsabet Getachew lo había mirado desde abajo mientras se la chupaba el día anterior en el comedor privado del restaurante etíope Reina de Saba. Recordando el arco catenario del labio superior de ella y cómo la punta de su lengua le había tocado aires de Addis Abeba en la cuerda del *mi* de su polla. Meciéndose, bailando, disfrutando de aquella mañana de sábado, justo antes de que las botas del vecindario

entraran por su puerta dejando un rastro de malas noticias, como si se pudiera pasar el día entero así, o la eternidad.

—Pobre Bob Benezra —le dijo Archy al bebé al azar—. Yo no lo conocía, pero siento mucho que tuviera que dejar atrás todos estos discos tan maravillosos. Por eso no me queda más remedio que ser ateo, por cosas como esta, Rolando; mira todos estos vinilos tan estupendos de los que el pobre se ha tenido que separar. —El bebé ya tenía edad para empezar a conocer el percal, la cruda realidad las cosas que importaban de la vida y la muerte—. ¿Qué clase de paraíso es uno al que no te puedes llevar tus discos?

El bebé, entendiendo tal vez que la pregunta era puramente retórica, no hizo intento alguno de contestarla.

Nat Jaffe se presentó al trabajo de un humor sombrío, tal como le pasaba aproximadamente cinco veces de cada once, o bueno, seamos generosos, cuatro veces de cada nueve. Su mal humor era un casco espacial que llevaba bien encajado y que tenía al pobre Nat atrapado dentro sin forma de saber si la atmósfera era respirable y sin indicador que le dijera cuándo se le iba a terminar el oxígeno. Descorrió el cerrojo, dejando que las llaves tintinearán contra la puerta, haciéndolo todo con una sola mano por culpa de la caja de discos que llevaba debajo del brazo izquierdo. Nat entró con ímpetu y la cabeza gacha, tarareando para sí mismo; tarareando los interesantes cambios de acorde de una canción pop contemporánea por lo demás cutre; tarareando una carta enfadada al descuidado propietario del salón de manicuras que había a dos manzanas de allí, o bien al redactor jefe del *Oakland Tribune*, cuya página de cartas al director él adornaba a menudo con sus enfados; tarareando los primeros fragmentos de una nueva teoría de las interrelaciones entre la bossa nova y la nouvelle vague; tarareando a pesar de que no estaba haciendo ningún ruido, y es que a Nathaniel Jaffe siempre le resonaba algo en sus profundidades, hasta cuando dormía.

Cerró la puerta con llave desde dentro, dejó la caja en el mostrador y colgó su sombrero de fieltro a rayas grises sobre fondo marengo de uno de los nueve ganchos dobles de acero que también databan de la época de la Barbería de Spencer. Se

pasó un dedo por el pelo oscuro, todavía más ensortijado que el de Archy y cada vez más ralo sobre la frente. Se volvió, enderezándose la corbata —ancha como era moda entre los enrollados de los cincuenta, negra con motas plateadas— y tomando nota del estado de la caja 8. Rotando la cabeza varias veces sobre las articulaciones del cuello como si en aquel crujido de huesos y de tensión residiera la esperanza de librarse de lo que fuera que le estaba haciendo tararear.

Caminó hacia la trastienda y desapareció al otro lado de la cortina de cuentas, en la que el hijo de Nat, Julie, había pintado laboriosamente la imagen de Miles Davis disfrazado de santo mexicano, con el corazón sufriente de san Miles al descubierto, envuelto en un enredo de alambre de púas. La semblanza no era perfecta, estaba claro, y a Archy le recordaba más a Mookie Wilson, pero no podía ser fácil pintar un retrato sobre un millar de cuentas de un centímetro de ancho, y poca gente que no fuera Julius Jaffe se plantearía el mero hecho de hacerlo, ya no digamos llegar a intentarlo. Un minuto más tarde, Archy oyó que alguien tiraba de la cadena y después un ataque de tos irritada; a continuación el padre de Julie volvió a salir a la tienda, listo para quemar un día más.

—¿De quién es ese bebé? —dijo.

—¿Qué bebé?

Nat descorrió el cerrojo de la puerta principal y le dio la vuelta al letrero para informar al mundo de que Brokeland ya estaba abierta. Le dio a su cráneo otra vuelta por lo alto de su columna vertebral, tarareó un poco más y volvió a toser. Se giró hacia su socio con una expresión de malicia casi radiante.

—Estamos complementemente jodidos —le dijo.

—Por pura estadística, es más que probable —dijo Archy—. Pero, en este caso, ¿de qué manera?

—Vengo de ver a Singletary.

Su casero, el señor Garnet Singletary, el Rey del Oropel, vendía parrillas, anillos de oro y cuerda por metros a tres puertas de Brokeland. Era propietario de la manzana entera, junto con una docena larga de otras propiedades desperdigadas por todo West Oakland. Locales comerciales, almacenes. Singletary era un pez gordo de la información que hacía su ruta migratoria por el

vecindario, recogiendo todos los cotilleos y filtrándolos con sus incansables barbas de ballena para obtener los nutrientes necesarios. Jamás había sacado a relucir un solo dólar entre las cubetas de discos de Brokeland, pero aun así era cliente habitual, y se pasaba por allí día sí y día no para hacerles sus habituales audiciones. Para revisar el balance de verdad y trolas del flujo local.

—Ah, ¿sí? —dijo Archy—. ¿Y qué te ha dicho Singletary?

—Ha dicho que estamos jodidos. Pero, en serio, ¿por qué tienes un bebé en brazos?

Archy miró a Rolando English, un jovencito de color moreno oxidado provisto de una boca dulce y de unos bucecillos suaves y castaños sudorosos y pegados al costado de la cabeza, enfundado en un pijama azul de cuerpo entero y envuelto en una manta amarilla de algodón. Archy levantó a Rolando English y oyó un chapoteo satisfactorio en su interior. La madre de Rolando English, Aisha, era hija del Rey del Oropel. Archy se había ofrecido para cuidarle a Rolando durante la mañana, quizá ir a buscar algunas cosas que el bebé necesitaba y tal. La mujer de Archy estaba esperando su primer hijo, y a Archy se le había ocurrido que, dada la inminencia de su paternidad, tal vez podría ensayar un poco antes del 1 de octubre, que era cuando su mujer salía de cuentas, y tal vez mitigar el shock de encontrarse a sí mismo, con treinta y seis años, convertido en padre en prácticas. De manera que él y Rolando habían hecho una excursión a pie hasta el Walgreens, y a Archy no le había molestado nada la caminata con la mañana de agosto tan preciosa que estaba haciendo. Archy había gastado treinta dólares del dinero que le había dado Aisha en pañales, toallitas, leche en polvo, biberones y un paquete de tetinas Nuk (Aisha le había hecho una lista). A continuación se habían sentado los dos en el banco de la parada del autobús que había delante del Walgreens, le habían cambiado un pañal muy apestoso a Rolando English y por fin se habían comido un tentempié: Archy se había zampado una bolsa de rosquillas glaseadas de la Federación Unida de Rosquillas y Rolando English había aceptado conformarse con un traguito de Gerber Good Start.

—Este es Rolando —dijo Archy—. Me lo ha prestado Aisha English. De momento no hace gran cosa, pero es mono. A ver,

Nat, deduzco por dos o tres de tus declaraciones previas que estamos jodidos de alguna manera.

—Me he encontrado con Singletary.

—Y te ha dado cierta información.

Nat le dio la vuelta a la caja de discos que había traído consigo, unos treinta y cinco o cuarenta discos metidos en una caja de plátanos Chiquita, y se puso a ojearlos ociosamente. Al principio, Archy supuso que Nat se los habría traído de casa, procedentes de su propia colección o bien discos de la tienda que se había llevado a casa para estudiarlos con más atención, puesto que los límites entre las respectivas reservas privadas de los propietarios y las existencias de la tienda se respetaban con gran meticulosidad. Archy vio que no eran más que malas hierbas. Un disco de Juice Newton, uno bastante malo de la última época de los Commodores, un disco de Navidad de los Osos Amorosos. Basura, fruta tirada a la acera, los posos amargos que quedaban después de que una familia vendiera sus pertenencias. Las discotecas que se quedaban huérfanas siempre llamaban a los dos socios desde el destino al que hubieran sido abandonadas, emitiendo una señal de ayuda que solo podían oír Nat y Archy. «El tío es capaz de ir a la Antártida —había dicho una vez de su marido Aviva Roth-Jaffe—, y volver con una caja de discos de setenta y ocho revoluciones.» Ahora, al mismo tiempo esperanzado y carente de esperanza, Nat se dedicó a hurgar en su último alijo, cada uno de cuyos discos tenía el potencial de ser algo magnífico, aunque las posibilidades de que así fuera se dividían por diez a medida que se iba reafirmando el mal gusto de quien los había tirado a la basura.

—Andy Gibb —dijo Nat, sin molestarse siquiera en cargar las palabras de desprecio, simplemente dejando caer unas comillas fantasmales a ambos lados del nombre, como si fuera un conocido alias. Sacó una copia de *After Dark* (RSO, 1980) y la sostuvo en alto para que Rolando English la examinara—. ¿Te gusta Andy Gibb, Rolando?

Rolando English pareció contemplar el último álbum publicado por el menor de los hermanos Gibb con mayor apertura de miras que su interlocutor.

—Estoy de acuerdo contigo en que es mono —dijo Nat en un tono que implicaba que no pensaba ir más allá de eso, como si

él y Archy hubieran estado discutiendo al respecto, algo que Archy no recordaba que hubiera sucedido—. Dámelo.

Archy le pasó el bebé a Nat, notando un calambre en el hombro solo después de soltarlo. Nat cogió al bebé con ambas manos por debajo de los brazos, rodeándole el cuerpo entero, y lo levantó hasta tenerlo cara a cara. Rolando English se las apañó para mantener la cabeza en alto y sostenerle la mirada a Nat con el mismo aire de estar dispuesto a perdonarle la vida a alguien, a Andy Gibb, a Nat Jaffe o a quien fuera. El tarareo de Nat se volvió suave como una nana mientras se escrutaban el uno al otro. El pequeño Rolando tenía un tacto agradable y sólido, como un montón de calcetines enrollados y embutidos dentro de un calcetín más grande, denso y soñoliento, nada que ver con esos bebés escualidos y parecidos a polluelos que uno se encuentra de vez en cuando.

—Yo antes tenía un bebé —recordó Nat, en tono elegíaco.

—Me acuerdo.

Aquello fue en la época en que se habían conocido, tocando en una boda en aquel club de naturistas que había en Joaquin Miller. Archy, que acababa de volver del Golfo, había llegado en el último minuto para sustituir al bajista que tenía Nat por entonces. Ahora aquel bebé, Julius, tenía quince años, y Archy opinaba que seguía siendo el mismo frikazo encantador de siempre. Oía armonías secretas, escribía poesía en Klingon y se pintaba caras de Jack Skellington en las uñas. Solía ir al parvulario con leotardo y tutú, volvía a casa y se ponía a ver *Color Me, Barbra*. Ya con tres o cuatro años tenía propensión a soltar peroratas igual que su padre. A contarte que la tortilla a la francesa no venía de Francia ni el chocolate suizo de Suiza. Ya mostraba cierta tendencia a enredarse con el protocolo de las preguntas. Últimamente, sin embargo, parecía pasarse mucho tiempo transmitiendo mensajes en algún código secreto adolescente, que solo los padres podían descifrar, y diseñado para sacarlos de sus casillas.

—Los bebés molan —dijo Nat—. Pueden dar besos esquimales. —Nat y Rolando se pusieron a ello, nariz con nariz, con el bebé allí suspendido y echándole paciencia—. Sí, Rolando es buen tipo.

—Eso me ha parecido.

—Tiene buen control de la cabeza.

—¿Verdad que sí? —dijo Archy.

—Por eso lo llamamos Harry Cabeza-Control, ¿verdad? Claro que sí. Harry Cabeza-Control. Está para comérselo.

—Supongo. La verdad es que no como muchos bebés.

Nat examinó a Archy de la misma manera en que Archy había examinado la cara A de la copia que había tenido el difunto Bob Benezra del *Kulu Sé Mama* (Impulse!, 1967) en busca de razones para reducirle el valor.

—¿Y qué? ¿Estás ensayando? ¿Es la idea?

—Esa era la idea.

—¿Y cómo te está yendo?

Archy se encogió de hombros, adoptando un aire de heroísmo modesto como el que adoptas cuando alguien te pregunta cómo demonios te las has apañado para salvar a cien huérfanos atrapados en un avión de carga en llamas que estaba a punto de colisionar con un asteroide. Mientras se hacía el modesto con Nat, Archy supo —sintió, igual que había sentido aquel dolor con forma de niño en el brazo izquierdo— que ni su capacidad ni su voluntad de cuidar a Rolando English durante una hora, un día o una semana, tenían nada en absoluto que ver con su voluntad o capacidad para ser el padre del niño inminente que ahora estaba recibiendo los últimos ajustes del sistema respiratorio y endocrino en el laboratorio a oscuras del útero de su mujer.

Limpiar un culo, untar un pezón de crema Carnation o limpiar vómito de leche con un trapo de cocina, todo aquello no eran más que tareas y procedimientos, una serie de pasos, igual que el resto de las cosas de la vida. Deberes que cumplimentar, momentos de tedio que dejar atrás, cambios que soportar. Como poner tu raciocinio a trabajar para desentrañar un compás complicado de *On the Corner* (Columbia, 1972) o uno de los pasajes menos inteligibles de las *Meditaciones* (Archy estaba leyendo a Marco Aurelio por nonagésimo tercera vez), o tal vez examinar con una sola mano el contenido de una caja de discos interesantes, y casi sin darte cuenta ya había llegado la hora de la siesta, mamá estaba en casa y tú eras libre de regresar a tus asuntos. Era como estar en el ejército: el secreto era tener cuidado, encontrar un sitio fresco y seco donde aposentar la mente y esperar a que

todo se acabara. El problema, por supuesto (se dio cuenta, experimentando toda la presión de un pánico que llevaba meses flirteando con él, sobre todo a las tres de la mañana, cuando lo despertaban los incansables movimientos en la cama de su mujer embarazada, un pánico que la sesión de práctica con Rolando English había intentado aliviar, al parecer, en vano), era que aquello nunca se iba a acabar. Nunca se llegaba al final de ser padre, daba igual dónde aposentaras la mente o cuántos pasos de la serie siguieras. Ni siquiera si te morías. Daba igual que estuvieras vivo o muerto o a miles de kilómetros de distancia: siempre se te iba a exigir un trabajo que no era ni un procedimiento ni una serie de pasos, sino algo que exigía tu atención plena y constante sin pedirte necesariamente que hicieras, ejecutaras o dijeras nada de nada. El padre de Archy los había abandonado a él y a su madre cuando Archy no era mucho mayor que Ronaldo English, y aunque durante unos años, durante el breve auge de su carrera, Luther Stallings había seguido yendo a verlos, pagando con puntualidad su manutención y llevando a Archy a ver partidos de los Athletics, al Parque Great America de Marriott y a sitios por el estilo, había algo más que se requería del viejo Luther pero que nunca se materializaba, una parte de él que nunca aparecía, aun cuando Archy lo tenía al lado. La paternidad imponía una obligación que iba mas allá del dinero, de la presencia corporal o del tiempo, una presencia que no era ni física ni se podía medir con relojes: abierta, eterna e invisible, como el compromiso que tenía la gravedad con las estrellas.

—Sí —dijo Nat. Por un segundo el cable que tenía dentro se distendió—. Los bebés son monos. Luego crecen, dejan de ducharse y se hacen pajas en los calcetines.

Una sombra se materializó en el cristal de la puerta y al cabo de un momento entró S. S. Mirchandani, con aspecto acongojado. Y el tipo tenía una cara perfecta para la congoja: los ojos caídos, los carrillos caídos y una barba parecida a un manchón de tinta derramada donde se acumulaban las lamentaciones.

—Caballeros —dijo, con aquella forma siempre elegiaca y meticulosa que tenía de pronunciar el inglés estándar, reminiscencia de una época mejor y más civilizada—, están ustedes jodidos.

—Me lo dice todo el mundo —dijo Archy—. ¿Qué ha pasado?

—Dogpile —dijo el señor Mirchandani.

—El puto Dogpile —ratificó Nat, tarareando otra vez.

—Empiezan las obras dentro de un mes.

—¿Un mes? —dijo Archy.

—¡El mes que viene! Eso he oído. Nuestro amigo el señor Singletary ha estado hablando con la abuela del señor Gibson Goode.

—El puto Gibson Goode —dijo Nat.

Seis meses antes de aquella mañana, en una conferencia de prensa con el alcalde a su lado, Gibson «G Bad» Goode, ex quarterback destacado en la liga de los Pittsburgh Steelers, presidente de Dogpile Recordings y Dogpile Films y director de la Fundación Goode, además del quinto hombre negro más rico de América, había volado a Oakland en una aeronave personalizada de color rojo y negro, rebosante de planes para abrir un segundo «Garito» de Dogpile en el enclave donde mucho tiempo atrás había estado el antiguo supermercado Golden State de Telegraph Avenue, a dos manzanas al sur de Brokeland Records. Todavía más grande que su gigantesco predecesor en Culver City, el Garito de Oakland incluiría un multicine de diez salas, una zona de restaurantes, un salón de máquinas de videojuegos y una galería con veinte locales comerciales encabezada por una tienda Dogpile de tres plantas, una de música, otra de vídeo y la tercera para todo lo demás (libros, principalmente). Igual que la tienda Dogpile de Fox Hills, el nuevo buque insignia de Oakland ofrecería una abundante selección de música y vídeo de interés general, pero iba a estar especializada en cultura afroamericana, «con su enorme diversidad», como Goode había explicado en la conferencia de prensa. Goode tenía unos bolsillos profundos, y sus anhelos imperiales iban de la mano con la conciencia social; la finalidad principal de abrir un Garito no era ganar dinero, sino reactivar de un plumazo el corazón comercial de un vecindario negro que había quedado aislado durante los días de gloria de la construcción de carreteras en California. Nadie lo había mencionado en la rueda de prensa, pero a juzgar por cómo funcionaba el Garito de Los Ángeles, se podía deducir que la nueva tienda no solo vendería discos compactos a precios muy rebajados, sino que también ofrecería al público una amplia selección de artícu-

los de segunda mano y descatalogados; entre ellos, vinilos antiguos de jazz, funk, blues y soul.

—No tiene ni los permisos ni nada de eso —señaló Archy—. Mi colega Chan Flowers lo tiene completamente pillado con los impactos medioambientales, los estudios de tráfico y todos esos rollos.

El propietario y director de la funeraria Flowers e Hijos, que estaba justo en la acera de enfrente de la ubicación de Telegraph propuesta para la tienda Dogpile, también era concejal por Oakland. Y, a diferencia de Singletary, el concejal Chandler B. Flowers era coleccionista de discos, de los que se gastaban un dinerito, y aunque los dos socios no entendían del todo las razones por las que había manifestado su oposición al plan de Dogpile, llevaban tiempo contando con esa oposición y aferrándose a lo que prometía.

—Parece ser que algo ha hecho cambiar de opinión al concejal —dijo S. S. Mirchandani, en su mejor imitación de James Mason: malicioso y cansado, vermut en mano.

—Oh —dijo Archy.

En todo West Oakland no había nadie más duro de pelar ni más motivado que Chandler Flowers, de manera que lo que fuera que le hubiera hecho cambiar de opinión no tenía pinta de haber sido la intimidación.

—No sé, señor Mirchandani. El colega tiene una elección a la vuelta de la esquina —dijo Archy—. A duras penas pasó las primarias. Tal vez esté intentando agitar a su base de votantes, animarlos un poco. Inyectar energía a la comunidad. Contagiarse de la buena estrella de Gibson Goode.

—Por supuesto —dijo el señor Mirchandani, con una mirada que decía «ni de coña»—. Estoy seguro de que hay una explicación inocente.

Sobornos, estaba insinuando. Una buena mordida. Cualquiera que, como el señor Mirchandani, se las apañara para recibir un flujo constante de primos y sobrinas que llegaban en avión del Punjab para hacer camas en sus moteles y lavar coches en sus gasolineras sin meterse en líos con las autoridades del otro lado, tenía todos los números de acabar pensando en aquellos términos. A Archy le costaba bastante imaginarse a Flowers —aquel

hombre obstinado, de voz suave y sempiternamente *correcto*, que llevaba siendo un héroe del vecindario desde la época de Lionel Wilson— aceptando sobornos de un ex quarterback fanfarrón, pero es que Archy tenía tendencia a compensar su actitud hipercrítica hacia el estado de los discos de vinilo juzgando a los seres humanos con demasiada benevolencia.

—En cualquier caso, ya es demasiado tarde, ¿verdad? —dijo Archy—. La venta no se concretó. El banco se echó atrás. Goode se quedó sin financiación o algo parecido, ¿verdad?

—La verdad es que yo no entiendo de fútbol americano —dijo S. S. Mirchandani—. Pero me han contado que cuando era jugador, Gibson Goode era bastante famoso por algo que se conoce como «protagonizar escapatorias».

—Por sus carreras ofensivas —dijo Nat—. Durante una temporada, era casi imposible placarlo.

Archy le cogió el bebé a Nat Jaffe.

—G Bad era un cabrón escurridizo —admitió.

El señor Nostalgia, cuarenta y cuatro años, bigote de morsa, gafas de abuelita, camisa hawaiana Reyn Spooner extraextragrande (palmeras, juncos espigados y coches con paneles de madera y tablas de surf en el techo), estaba de pie detrás del mosaico fosforescente de su mesa de expositor de quinientos dólares, situado a un pasillo de cemento pulido y tres mesas de distancia de la zona de las firmas, debajo de una pancarta de vinilo de dos metros y medio que decía EL VECINDARIO DEL SEÑOR NOSTALGIA, masticando una gominola Swedish Fish, incapaz de creer lo que estaba pasando ante sus putas narices.

—¡Eh! —dijo levantando la voz cuando se acercaron a su mesa los matones: dos guardias blancos de seguridad entrados en carnes con blazers de poliéster azul y un tipo negro descomunal, el segurata privado de Gibson Goode, el diámetro de cuyos brazos planteaba un duro desafío a las mangas de su camiseta negra—. ¡Un poco de respeto, por favor!

—Eso mismo, joder —dijo el hombre al que estaban sacando del recinto, y, ahora que los tenía más cerca, el señor Nostalgia vio que se trataba realmente de él.